

EL CID HISTÓRICO Y EL CID LITERARIO: LA NOVELA CID CAMPEADOR
DE EDUARDO MARTÍNEZ RICO

Peter Ivanov Mollov

(Facultad de Letras Clásicas y Modernas

Universidad de Sofía San Clemente de Ójrid. Bulgaria)

pmollov@abv.bg

RESUMEN:

El artículo constituye un análisis literario de la novela histórica de Eduardo Martínez Rico Cid Campeador. La atención se centra en la recreación de la imagen del protagonista Rodrigo Díaz de Vivar. Se pretende analizar cómo el autor traza los diversos aspectos de la personalidad del héroe castellano presentándolo desde múltiples puntos de vista. Nos proponemos asimismo indagar hasta qué punto la imagen literaria del Cid creada por el novelista se corresponde con la verdad histórica, a fin de valorar la historicidad de la obra.

Palabras clave: Cid, novela histórica, análisis

HISTORICAL AND LITERARY CID: THE NOVEL CID CAMPEADOR BY
EDUARDO MARTÍNEZ RICO

ABSTRACT: The text consists in a literary analysis of the historical novel Cid Campeador by Eduardo Martínez Rico. It is focused on the recreation of the image of the protagonist Rodrigo Díaz de Vivar. Our purpose is to analyse how the author traces the diverse aspects of his personality presenting the hero from different points of view. Our purpose is also to investigate if the literary image of Cid created by the novelist corresponds with the historical truth, in order to value the historicity of the work.

Key words: Cid, historical novel, analysis

Las últimas décadas son un período de auge de la novela histórica en España. El género ofrece a sus lectores obras dotadas de una visión realista del pasado y seriamente documentadas para recrear con un alto grado de fidelidad histórica acontecimientos y personalidades.

En esta línea se halla asimismo la novela de Eduardo Martínez Rico, una de las más recientes aportaciones a las recreaciones literarias del héroe castellano.

En la nota final que cierra la obra, el novelista reconoce que su interés por Rodrigo Díaz de Vivar fue despertado en la infancia por una serie de dibujos animados y desarrollado después con la lectura del Cantar, para culminar en la carrera de Filología Hispánica donde su profesor de literatura medieval le impulsó a escribir una novela sobre el Cid. Entre las diversas fuentes sobre la vida del héroe que utilizó, Martínez Rico destaca especialmente La España del Cid de Ramón Menéndez Pidal, una obra fundamental para todo aquel que desee conocer la biografía del personaje y su época.

La novela se centra en los últimos quince años de la vida de Rodrigo, el período en que alcanza sus éxitos más importantes como caudillo, llegando a convertirse en señor del reino de Valencia y defensor de la España cristiana contra la amenaza almorávide.

Como es bien sabido, las relaciones del héroe con su rey Alfonso VI tienen una importancia clave para el desarrollo de los acontecimientos políticos en la Península Ibérica en la segunda mitad del siglo XI y, en particular, para la trayectoria vital de Rodrigo, y ayudan, quizá más que con ningún otro personaje histórico de la época, a perfilar su imagen. La novela comienza con el encuentro entre el monarca y su vasallo en Toledo para reconciliarse y los motivos del primero para olvidar los conflictos pasados están claramente expuestos por el narrador: Alfonso accedía a ello por pura necesidad (p. 14), para atraerlo de nuevo a su lado y contar con su brazo y sus dotes de adalid militar en el enfrentamiento con los moros en el que el rey llevaba las de perder sobre todo tras la derrota sufrida en Sagradas. Las cualidades de Rodrigo están ponderadas por el narrador en contraste con las del rey: Rodrigo era un excelente estratega, cosa que Alfonso le envidiaba profundamente, y era un gran político en guerra (p. 16). Efectivamente, esta opinión negativa respecto del rey y el elogio de la superioridad de Cid como líder militar la encontramos en Menéndez Pidal, quien

considera a Alfonso como un hombre corto de miras, que fue incapaz de valorar a Rodrigo y hacer que pusiera sus capacidades y su talento al servicio del reino, depositando, en cambio, su confianza en nobles ineptos (Menéndez Pidal 1968: 239-243). Existen, sin embargo, juicios diferentes que resaltan la importancia de Alfonso como soberano que llegó a erigirse en el monarca cristiano más poderoso de la península (Valdeón Barunque 2001: 44). Aun aceptando este hecho, hemos de subrayar que él cosechó todas sus victorias contra enemigos más débiles; cuando tuvo que hacer frente a una potencia superior como la del emergente imperio almorávide, sufrió sucesivas derrotas. No así Rodrigo, quien fue el único caudillo cristiano que logró vencer en varias ocasiones a los ejércitos del emir almorávide. Por tanto, la observación que hace el narrador de la novela no parece infundada. A Rodrigo la reconciliación con su soberano le liberaba de un peso que atenazaba sus entrañas (p. 18). ¿De verdad sufría tanto el héroe castellano por el destierro que le había impuesto el monarca? Es difícil dar una respuesta definitiva a este interrogante. Pero lo que sí puede afirmarse es que Cid procuró siempre (aun durante los períodos de ruptura de sus relaciones con Alfonso) evitar los enfrentamientos con él e incluso apoyarle en sus conflictos con otros soberanos en numerosas ocasiones; también intentó aprovechar todas las posibilidades que tuvo para reconciliarse con Alfonso (Martínez Díez 2001: 433-436). Esta verdad histórica está plasmada en la novela: en un capítulo retrospectivo, que representa una especie de resumen de las vicisitudes en las relaciones entre soberano y vasallo, se afirma que Rodrigo ponía el interés del reino por encima del suyo propio, por eso no quiso luchar contra su rey y gobernó Valencia en nombre de Alfonso (pp. 124-125); lo mismo dice el propio Cid en una conversación con Urraca (p. 177). La última aseveración nos parece discutible. Según los testimonios históricos, el rey se había encaminado hacia Valencia para auxiliar al Cid, y, cuando supo de su victoria, cambió de rumbo y se dirigió a Guadix. Rodrigo, a su vez, le remitió una parte del botín (Martínez Díez 2001: 358). Este acto se puede considerar como reconocimiento de su vasallazgo, pero asimismo como una muestra de agradecimiento por la buena disposición del monarca. Sea como fuere, habiéndose hecho señor de Valencia, Cid actúa como un soberano independiente, tomando decisiones y pactando alianzas por su cuenta.

En la novela se subraya varias veces el aprecio y la admiración que sentía Alfonso hacia Rodrigo: se lo comunica Jimena en una carta (p. 92); lo repite el narrador tras la toma de Valencia (p. 96); hasta nos dice que el monarca tenía la impresión de que Rodrigo concitaba alguna clase de fuerza sobrenatural (p. 98) y era consciente del papel del Cid en el devenir de la península como revela Jimena: sabe que sin ti el reino se habría desmoronado y con él toda la cristiandad española (p. 200).

Rodrigo, por su parte, se da cuenta de los defectos de su soberano: Cuando uno habla pensando demasiado en los demás, y no en lo que quiere expresar, acaba convirtiéndose en un hombre débil. Por eso lo han dominado, como lo han hecho, tantos hombres que solo vivían para lucir mantos y blasones (p. 201). Estas palabras revelan el principal motivo del descontento del Cid en sus problemáticas relaciones con el rey: el hecho de que este prefiriera tener a su lado a nobles que carecían de las cualidades y los méritos de Rodrigo. Para un hombre orgulloso y consciente de su valía como él, la falta de reconocimiento fue sin duda una fuente de decepción. Sin embargo, cuando el rey necesitaba su brazo, Cid estaba allí para ofrecérselo, olvidando las desavenencias y los agravios, y, lo que es más, sin humillar al monarca esperando que este le pidiera ayuda. También por eso era grande, dice el narrador. La biografía del héroe corrobora esta imagen de fiel vasallo que ha creado Martínez Rico: en numerosas ocasiones Rodrigo acude con prontitud en apoyo de Alfonso en momentos cruciales (Rueda, 1083; tras el desastre de Zalaca, 1086; la expedición contra Granada, 1090).

En la novela está presente también, en los recuerdos del Cid, la figura del difunto rey Sancho. Varias veces el autor subraya el afecto que unía a Rodrigo con su amigo y su rey (p. 146), cuya muerte le causó un profundo dolor (pocas veces se le vio llorar, y aquella fue una de ellas, p.154). A diferencia de la tradición literaria (el Romancero, el teatro del Siglo de Oro) en la que Rodrigo reprocha a Sancho su ambición de unir bajo su poder los territorios que su padre había repartido entre sus hijos en abierto desacato de la voluntad de Fernando, en la novela de Martínez Rico, el Cid entiende los motivos de su soberano:

Sancho hizo lo inevitable, lo natural: se enfrentó a lo que él consideraba un reparto injusto del reino de Castilla. Rodrigo seguía

pensando, aún hoy, que el rey Fernando cometió un error al repartir su reino entre sus hijos varones. Y hubo un baño de sangre. (p. 146)

Los méritos del Cid están enaltecidos también mediante el contraste con sus enemigos encumbrados –los nobles leoneses, entre los cuales el narrador resalta especialmente a García Ordóñez, Pedro Ansúrez y Gonzalo Salvadórez– que caían derrotados continuamente y eran más hombres de salón que de guerra (p. 16), odiaban y envidiaban a Rodrigo por su superioridad (pp. 19, 92) y tuvieron que aceptar a regañadientes la recuperación de la gracia regia por parte de Rodrigo, quien había probado que su apoyo a la causa cristiana era imprescindible (p. 96). En la novela el Cid habla con rencor y desprecio de sus rivales: El anciano y falso sabio Pedro Ansúrez, el estúpido y renqueante Gonzalo Salvadórez y el peor de todos, porque es listo y valioso, y lo ha echado todo a perder por pereza y servilismo, García Ordóñez, son el árbol viejo, achacoso, seco y podrido que espera que lo talen para plantar nuevas semillas. ¡Parásitos! (p. 203). Palabras duras que Rodrigo bien pudo decir o al menos pensar de sus enemigos en la corte.

Jimena es un personaje importante en la novela y además está dotada de un perfil psicológico más complejo que en la mayoría de las obras sobre el Cid. Las relaciones entre los dos esposos y sus conversaciones revelan determinadas facetas de la imagen del Cid y, por tanto, merecen un análisis detallado en este trabajo. Como en otras obras, entre los dos existe un lazo emocional muy profundo que la separación intensifica. Lo nuevo en la novela que nos ocupa es que Jimena no es simplemente la esposa fiel y preocupada por su marido que conocemos de la tradición literaria, sino una mujer dotada de aguda inteligencia, de sentido práctico, de fina intuición que le ayudan a analizar con penetración la naturaleza del ser humano y conocer los resortes que mueven sus acciones y hasta muestra una capacidad de previsión rayana en la clarividencia. Esto hace que su imagen aparezca ante los ojos del lector con toda la complejidad de un ser real, le da consistencia humana, la acerca a lo que seguramente era esta mujer acostumbrada a las ausencias de su marido, a una vida azarosa, a asumir responsabilidades y razonar por su cuenta. Fijémonos en las siguientes reflexiones suyas:

Él lucha, cabalga, escapa de la muerte y grita a sus hombres, y yo aquí, parada, aburrída, rota por dentro porque un día lo perderé. ¿Quién ha conservado por siempre lo que más quiere? Ellos hacen sus guerras, extienden sus alianzas como tapices, visitan remotos lugares, nos son infieles con la primera que encuentran, "para descansar del combate", claro... y nosotras paradas, siempre paradas, hasta que llegamos al final de todo, cuando el cordero ha sido asado, troceado y repartido. A veces pienso que nosotras somos el cordero. (p. 87)

Estas palabras revelan la madurez de Jimena y la claridad con que veía las cosas, sin hacerse ilusiones. Una mujer con experiencia suficiente como para conocer las flaquezas de los hombres. No encontramos en otras obras sobre el héroe, la mayoría de las cuales tienden a idealizar al Cid, la sospecha de infidelidad de su marido por parte de Jimena. Pero, en aras del realismo, hemos de reconocer que tales sospechas se le pasarían por la mente a una mujer cuyo marido pasaba largas temporadas lejos de ella y que seguramente necesitaba desahogo tras las penosas y arriesgadas campañas militares. El principal atractivo de Jimena, a nuestro parecer, tal como la pinta el novelista, es la franqueza con que trata a su marido y el apoyo incondicional que está dispuesta a brindarle. Veamos lo que le dice en una carta:

He estado en prisión, Rodrigo, por ser tu mujer, yo, que, aunque esté mal decirlo, soy nieta de reyes, hija y hermana de condes de Asturias. Estaba muy mal acostumbrada cuando me casé contigo, y lo malo es que ahora me volvería a casar contigo, tonta de mí. (p. 93)

A través de los ojos de Jimena, vemos a Rodrigo como un hombre extraordinario, cuyo destino es desempeñar un papel importante en su época, dejar una impronta que quedará en la memoria de las generaciones venideras. Jimena es consciente de ello y por eso acepta con sabia resignación su propio papel al lado de un hombre así:

...para otros hombres el tiempo pasaba en contra; en cambio para Rodrigo no hacía más que regalarle más victorias, más glorias, y pasarían

los años, los siglos, y cada vez sería más famoso y lo encumbrarían aún más alto.

Ella lo sabía; [...] Al igual que sabía que en cada peldaño que escalara ella estaría a su lado. (p. 159)

Cuando vuelven a reunirse en la Valencia conquistada, tras la larga separación, ella se da cuenta de que su marido ha logrado algo excepcional: Tenía ante su vista a un hombre totalmente hecho, un hombre que ya solo podía crecer en la memoria de su pueblo (p. 171). Pero también presiente que este logro ha sido la culminación de su trayectoria y que en el futuro solo cabía el descenso, la muerte de los dos, pero de él primero, porque los héroes mueren antes que sus mujeres, y eso ella lo sabía bien (p. 172).

El Cid en la novela no solo ama a Jimena, sino que tiene una profunda relación espiritual con ella, sus conversaciones no son las que cabría esperar entre un hombre poderoso y su esposa, totalmente dependiente de él, como lo eran la mayoría de las mujeres en aquellos tiempos, ellos se tratan de igual a igual, como dos personas que se conocen, se aprecian y se respetan mutuamente. Al mismo tiempo ella da sentido a sus esfuerzos, a sus sacrificios: Cuando Rodrigo volvió su mirada hacia ella, sonrió como una niña. Entonces comprendió que todo había merecido la pena (p. 238). Es evidente que el novelista quiso mostrar en su obra aquel dicho que "al lado de un gran hombre hay siempre una gran mujer". Desgraciadamente los cronistas de aquella época pocas veces se fijaron en las mujeres que había al lado (o detrás) de los grandes hombres, por lo cual es difícil determinar hasta qué punto es cierta la idea que de la personalidad de Jimena procura dar el autor de la novela a sus lectores. Sin embargo, sabemos que la esposa del Cid gobernó Valencia, como heredera de su señorío, hasta la toma de la ciudad por los almorávides en 1102 (Martínez Díez 2001: 403-407). Cabe conjeturar, pues, que fue, en efecto, una mujer decidida y fuerte.

Otro personaje importante en la novela es doña Urraca, cuya imagen es también diferente de la tradicional (en la literatura). Sus relaciones con Rodrigo añaden algunos rasgos al perfil del héroe en la obra y merecen la debida atención. La infanta está presentada como una mujer fuerte y ambiciosa: Ella había nacido para la alta política, para mover ejércitos, aunque fuera

indirectamente (p. 159) y también capaz de cualquier cosa para conseguir sus propósitos: De todos era sabido que gracias a ella Alfonso era rey, que por sus maquinaciones Sancho reposaba a tres metros bajo tierra, que cada día se arrodillaba y maldecía a Dios por no haber nacido hombre. Que había vivido en pecado con su hermano al que amaba como un hijo, pero también como una amante, y que en su cabeza fluían los pensamientos más negros del imperio y que hasta aquello del "imperio" fue idea suya (p. 161-162). La novela recoge la versión de las relaciones amorosas que supuestamente habían existido entre la infanta y el caballero (pp. 168; 237) y hasta el narrador nos dice que Ella quería a Rodrigo, habría hecho cualquier cosa por casarse con él (p. 99); admiraba al Cid más que a ningún otro hombre en la tierra (p. 162). En cambio, cualesquiera que fueran los afectos que los hubieran unido en el pasado, su presencia junto con Jimena en Valencia está presentada en la novela como una molestia para él. Rodrigo quiere disfrutar del reencuentro con su esposa y la intromisión de la infanta es un peso para él (p. 167). Jimena no puede dejar de sentir celos con respecto a la infanta, mientras que esta la mira con envidia por ser esposa del Cid. Todo ello hace que los tres personajes (Rodrigo, Jimena y Urraca) formen un triángulo amoroso que resalta la imagen del caballero como fiel esposo que en ningún momento duda de sus sentimientos hacia su mujer.

Dilucidar hasta qué punto el retrato de Urraca que nos ofrece el novelista se corresponde con la verdad histórica es una tarea difícil. Lo que sabemos de ella de las fuentes históricas permite admitir que efectivamente fue una mujer fuerte y activa en el campo de la política. Basta tomar en consideración su tenacidad en la defensa de su señorío (Zamora). El punto de partida de las insinuaciones sobre una relación incestuosa entre Urraca y Alfonso se encuentra en un cronista árabe -Abu Bakr ben al-Sayrafi- (Ratcliffe 2011: 168). Ramón Menéndez Pidal confirma categóricamente esta información en un artículo suyo (Menéndez Pidal 1952: 86), pero en *La España del Cid* se retracta (Menéndez Pidal 1967, II: 144-145). Tampoco está demostrada la tesis de la implicación de Urraca en el asesinato del rey Sancho. En cuanto a los posibles amores de Urraca con el Cid, recientemente y por pura casualidad se ha descubierto en el monasterio de Cardeña una carta de él a la infanta en que le declara su amor¹, un documento que seguramente será estudiado con detenimiento, ya que, de ser

¹http://www.caminodelcid.org/Camino_EncuentranenSanPedrodeCardenaunacartadeamorDelCidDirigidaaUrracadeZamora.aspx

auténtico, aclararía otro misterio del rico acervo de leyendas sobre la vida del héroe castellano.

La imagen del Cid en la novela nos llega asimismo a través de los ojos de los moros. El narrador dice lo siguiente:

Lo odiaban los moros, como no iban a odiarlo, pero algunos lo admiraban; y a los que ayudó, los que le pagaron por sus servicios, como el rey de Zaragoza, lo tenían por amigo. (p. 26)

Exiliado por su rey y tras haber ofrecido sus servicios al conde de Barcelona, quien los rechazó, Rodrigo estuvo al servicio del rey taifa de Zaragoza durante cinco años. Lógicamente, él hizo amistades entre los moros y fue respetado y admirado por sus dotes de adalid militar.

También cuenta el narrador que el Cid mostraba interés por los conocimientos y la sabiduría de los árabes (pp. 29, 174). La crónica de Ibn Bassam confirma este interés (cit. por Martínez Díez 2001: 440). Parece, además, muy probable que el Cid conociera bastante bien la lengua árabe, habiendo vivido en la corte del rey de Zaragoza y en Valencia, luego de adueñarse de la ciudad.

El novelista ha querido dar una idea del aura de invicto que tenía el héroe, presentándolo casi como un ser sobrenatural a los ojos del enemigo: cuando Rodrigo se acerca a las murallas de Valencia, los centinelas no se atreven a dispararle: ¿Cómo iban a disparar al inmortal, al indestructible, a la encarnación del demonio, del dios de todas las culturas? (pp. 28-29). Las palabras citadas pueden parecerse exageradas, pero hay que tener en cuenta que en una época de supersticiones no es imposible que un hombre con las capacidades y los logros del Cid se considerara poseedor de fuerzas sobrehumanas. Justamente así lo califica el hijo del emir Yusuf en la novela –sobrehumano– y sostiene que es invulnerable a las flechas del enemigo (p. 183).

Todo un capítulo de la novela está dedicado a mostrar la admiración que sentían hacia Rodrigo hasta los soldados moros, mediante una conversación entre Ben Yajaf y el jefe de su guardia personal. El usurpador le pide que le explique el efecto que tiene Rodrigo sobre los soldados y en sus respuestas

vemos precisamente esta aura de hombre extraordinario que tiene el héroe castellano: ...sienten por él una especie de veneración; Es un gran soldado, un gran estratega, sus hombres le temen y le aman. Ven en él a una especie de libertador, de líder...; sus hombres le siguen no solo porque la victoria está siempre con él, siempre el mejor botín, sino porque creen en él, confían en él... lo quieren (pp. 46-47).

El aprecio que le tienen los árabes se debe también a que, pese a ser un enemigo feroz, Rodrigo es capaz de mostrarse misericordioso y justo con los vencidos. En la novela, tras la conquista de Valencia, él respeta los derechos de propiedad de la población y sus leyes musulmanas, está dispuesto a ser un juez imparcial (pp. 130-131), es decir, quiere que los moros de la ciudad lo acepten como gobernante, no como tirano. Los documentos corroboran esta actitud del Cid. Es cierto que se mostró insólitamente generoso con la población musulmana de la ciudad conquistada, sobre todo si valoramos sus actos en el contexto de su época, cuando la crueldad y el saqueo eran fenómenos corrientes tras la toma de una urbe. Como apunta Gonzalo Martínez Díez: "Las concesiones generosas y voluntarias que otorga a los valencianos solo serán modificadas y retiradas cuando la proximidad de los ejércitos almorávides le fueren a adoptar medidas preventivas que le permitan resistir eficazmente el ataque ya inminente" (Martínez Díez 2001: 437-438).

El narrador cuenta que el emir Yusuf le odiaba y al mismo tiempo le respetaba por la actitud de Rodrigo con las comunidades musulmanas vencidas (p. 213).

Esta actitud se explica por una cualidad del héroe en la que el narrador hace hincapié varias veces: su compasión. La imagen que de él ha creado el novelista es la de un guerrero que no se complace en guerrear, que en el fondo anhela la paz y la concordia, pero a quien las circunstancias históricas han obligado a pasar su vida en continuas luchas: Tras la encarnizada batalla, aun victorioso, cuando llegaba la hora de contar los muertos, de ver qué amigo había caído esta vez, lloraba y maldecía todas las guerras (p. 20). Las siguientes palabras del Cid en una conversación con Álvaro Fáñez son harto elocuentes: Cuando un hombre lucha contra otro, sus dioses no pueden mirarlos sino con pena (p. 30). Creemos que también este rasgo del Cid litarario se aproxima a la verdad histórica. Quizá no fuera tan sentimental como pretende presentarlo el

novelista, pero seguramente tampoco fue un militar sanguinario. Sus actos de crueldad (las penas a las que sometió a los habitantes de Valencia durante el asedio, el duro castigo infligido a Ibn Yahaf) no van más allá de lo habitual en su época, y, además, están siempre dictados por unos motivos prácticos, no por una atrocidad gratuita. Las privaciones y los castigos que impone a los sitiados eran necesarios para hacer que se rindieran, eran métodos corrientes en cualquier asedio; en cuanto al cadí, lo que hizo con él Rodrigo fue aplicar la ley musulmana contra un traidor y regicida.

Una característica constante de todas las obras literarias dedicadas al Cid es la tendencia a subrayar la autosuficiencia del héroe, la seguridad que tiene en sus propias fuerzas y capacidades. La novela que nos ocupa no es una excepción. Uno de los aspectos del aplomo de Rodrigo es que los obstáculos, por invencibles que parezcan, no le arredran: Lo imposible lo es hasta que se consigue. Entonces ya es real, y a la gente se le olvida que lo tenía por una quimera (pp. 20-21). Además, sus impresionantes éxitos no son resultado de la casualidad, ni un don divino; veamos lo que dice a Álvar Fáñez: Todo esto se aprende, se ejercita. No es un regalo del cielo, solo la constancia es un regalo del cielo (p. 23). Pero la seguridad en sí mismo no le conduce a la altivez o la fanfarronería, por eso sus opiniones son apreciadas: Cuando Rodrigo daba un consejo sobre algo, era porque él mismo lo veía tan claro como el sol, y si no era así, callaba (p. 35). Cuando Urraca le pregunta ¿Pararás a los almorávides?, su respuesta es una muestra de autoconfianza impactante: Los pararé, con la ayuda de Dios los pararé. Lo que siento es que Él no me dé una vida más para dedicarla otra vez a esta empresa (p. 178). Las palabras que le atribuye el narrador reflejan asimismo la consciencia de misión santa que tenía el héroe y que caracteriza al Cid literario en general. Pero, como ya hemos subrayado, el Cid no confía en la victoria tan solo por su fe en Dios y en su protección, sino porque se apoya en sus conocimientos y en sus aptitudes que nunca deja de desarrollar. Valorando sus chances contra los almorávides, le dice a Urraca lo siguiente: He aprendido de su tácticas, de su forma de moverse y de matar. Puedo ser derrotado, pero sé cómo luchar contra ellos. Dile a Alfonso que Valencia está en buenas manos. Es también significativo el comentario que hace el narrador a continuación: Y lo decía sin ninguna soberbia, como el que constata lo evidente (p. 180). Es el aplomo de quien habla con conocimiento de causa, de quien

confía en sus propias capacidades, pero sin caer en la necedad de creerse invencible, porque sabe que la incertidumbre forma parte inseparable de la existencia humana, admite que, pese a los esfuerzos y la perseverancia, nada nos está garantizado en esta vida. Sin embargo, sabe que lo que ha conseguido dejará una impronta en la memoria de las generaciones venideras y profiere unas palabras casi proféticas ante Jimena: Pero mi nombre será recordado. Lo sé. No es jactancia, simplemente lo sé (p. 202). No sabemos si Rodrigo llegó a decir algo semejante ni si lo pensaba, pero es de suponer que se daba cuenta del importante papel que desempeñaba en una época como la suya en que estaba en juego el destino de la cristiandad ibérica. El narrador de la novela de Martínez Rico recalca la trascendencia del choque entre el emir Yusuf y el Cid y predice su resonancia mucho más allá de las fronteras de la península (p. 225). Como es bien sabido, la derrota que infligió el Cid a los almorávides en Bairén (1097) solo retrasó en unos años la conquista de Valencia (1102). Pero la fama del Cid como el único adalid que supo enfrentarse con éxito a la amenaza almorávide en la segunda mitad del siglo XI ya andaba de boca en boca y la literatura se encargó de inmortalizarla en sus páginas a través de los siglos.

Otra cualidad del Cid que tradicionalmente se le atribuye es su devoción. En la novela que nos ocupa se describen varias veces escenas de profundo fervor religioso por parte de Rodrigo. Lo vemos arrodillado y rezando en actitud humilde, venera la imagen de Jesús que le acompaña en todas sus expediciones (lo llama el Cristo de los viajes (p. 59) y cree en su protección (Es el único secreto de mis victorias: algunos lo llaman suerte; yo, Jesucristo (p. 196). La Historia Roderici, principal fuente cristiana sobre la vida del héroe, da múltiples ejemplos que confirman su religiosidad: sus rezos antes de entrar en combate, su agradecimiento a Dios por las victorias, las iglesias que mandó construir o las donaciones que hizo (Falque Rey 1990: 88-97).

Al mismo tiempo sus oraciones no son mero cumplimiento con una obligación cristiana: Sus oraciones eran reflexiones, recuerdos, añoranzas, arrepentimientos, nos dice el narrador (p. 59). Es importante subrayar que la fe está presentada como la base moral de su vida de guerrero: como hemos señalado más arriba, Cid consideraba que tenía una misión; si no lo creyera, se habría considerado un criminal, un asesino, o eso que tanto le llamaban los que le odiaban: un mercenario (p. 60). La verdad es que en la actualidad el

personaje del Cid, despojado de los aspectos legendarios que han ido configurando su imagen a lo largo de siglos, estudiado a base de documentos fidedignos y objetivos criterios científicos, aparece ante nuestros ojos como un hombre supeditado a las circunstancias y las normas de su tiempo que hacía y deshacía pactos según su interés coyuntural. No obstante, ya hemos señalado que siempre procuró evitar conflictos y apoyar al que reconocía como soberano suyo –el rey Alfonso– y en los momentos cruciales no vaciló en afrontar al enemigo musulmán, a pesar de su superioridad numérica. Tal actitud no es la de un mercenario, sino la de un buen guerrero cristiano consciente de su responsabilidad ante su propia comunidad.

Mas si el novelista muy probablemente ha acertado presentándonos a Rodrigo convencido de su misión cristiana, ha dado luego un paso más arriesgado atribuyéndole unas ideas cosmopolitas: pedía a Dios [...] que les llevara a todos ellos, todos los hombres de la Tierra, al verdadero fin, a la felicidad, al equilibrio. Al entendimiento (p. 60); Rodrigo no pensaba que Alá fuera más o menos que Dios; nunca pudo creerlo, y siempre tuvo muy buenos amigos moros. Dios y Alá se habían convertido en dos interpretaciones diferentes de distintos hombres y distintas culturas. Rodrigo rogaba a Dios para que un día la media luna se uniera a la cruz, los espadones se fusionaran con los alfanjes... (p. 61). ¿Pensaría así el héroe castellano? Sabemos que conocía y apreciaba la cultura árabe, pero ¿llegaría a concebir las dos grandes religiones, violentamente confrontadas en la Península Ibérica durante tantos siglos, como dos caras de la misma moneda? No es imposible que Rodrigo, cansado y repugnado de tantas muertes, de tanta sangre derramada, anhelara un mundo sin conflictos, sin el eterno enfrentamiento en nombre de un Dios al que no podía agradar la violencia y la crueldad con que los hombres se mataban entre sí alegando que lo hacían en defensa de su fe. Una prueba de ello puede ser el orden que impuso en Valencia esforzándose por ser un gobernante justo de todos los habitantes –cristianos y musulmanes– de la ciudad.

Las supersticiones son inherentes a la vida en la Edad Media y este aspecto de la mentalidad medieval está representado en la novela por la leyenda

del precioso ceñidor de la princesa Zobeida que cae en manos de Rodrigo². En la trama novelesca el emir Yusuf aspira a recuperar la joya, sagrada para los musulmanes, porque no debe estar en manos de infieles, mientras Urraca y los nobles enemigos del Cid urden un plan para robarla que termina sin éxito y finalmente Jimena la coloca en el sepulcro de su esposo. No podemos dejar de destacar una escena que revela una vez más la inteligencia y firmeza de carácter de Jimena: Rodrigo le regala el ceñidor y ella, con la sabiduría que caracteriza a su personaje en la novela, le dice que este ceñidor lleva la muerte, pero no por creer en las supuestas misteriosas fuerzas que le atribuye la tradición: La joya no está maldita, Rodrigo; los que estmos malditos somos los hombres. La joya despierta lo que hay dentro de nosotros; la joya es inocente, nosotros no (p. 207). La maldición, por tanto, está en la flaqueza humana ante las tentaciones, ante el afán de posesión. Casi al final del capítulo Jimena pronuncia quizá las palabras cargadas de mayor fuerza emocional de toda la novela: No me da ningún miedo porque ellos no te tenían a ti. Yo estoy a tu lado, incluso cuando no estamos juntos, y este ceñidor aún tiene que recorrer mucho camino (p. 209). Probablemente jamás sabremos si Jimena fue realmente una mujer tan lúcida y singular como la presenta Martínez Rico, pero cabe reconocer el mérito del novelista que, de pálido esbozo en la mayoría de las obras sobre el Cid, la ha convertido en un personaje admirable, una mujer digna de estar al lado de un héroe.

Quisiéramos terminar esta semblanza del Cid, tal como está presentado en la novela, resaltando el realismo de la obra. Es cierto que el autor ha potenciado o subrayado, quizá también exagerado en algunos momentos, determinados aspectos de la personalidad de Rodrigo que lo hacen parecer fiel vasallo, caritativo y justo a los ojos del lector. Pero el cotejo entre el Cid histórico y el personaje de la novela permite afirmar que el novelista se ha basado en los datos históricos y que su interpretación personal de la imagen de Rodrigo y sus invenciones (consustanciales a una narración ficcional) son coherentes con la verdad histórica. Y no olvidemos lo relativo que es este último concepto, porque los hechos históricos nos han llegado, a su vez, inevitablemente transformados por las interpretaciones que nos ofrecen los cronistas. Dicho de otra forma, lo

² El epígrafe que precede la novela es precisamente una cita de La España del Cid de Menéndez Pidal en que se menciona la joya, posesión del rey Alcádir, robada por Ben Yahaf tras el asesinato del rey.

que el Cid dice o piensa en la novela pudo haberlo dicho o pensado el personaje histórico tal como lo presentan las fuentes conservadas.

La novela refleja asimismo varios aspectos de la realidad de la época que aportan al realismo de la narración. Se reconoce que Rodrigo, como cualquier otro noble de su tiempo, aspiró a la riqueza para asegurar la manutención y el pago a sus huestes, pero también porque el prestigio de un noble dependía de ello (p. 84). El relato no pasa por alto tampoco que ordenó torturar a Ben Yajaf hasta que este revelara dónde había ocultado los tesoros reales (p. 135). En el pasaje que cuenta la jura de Santa Gadea (que el propio novelista señala como de dudosa veracidad) nos dice el narrador que Rodrigo fue muy consciente de que un rey podía, que incluso tenía la obligación de jurar en falso por su bien como soberano y por el bien de su pueblo (p. 123). A pesar de sus muestras de devoción y de dedicación a la causa cristiana, el narrador no omite las otras razones que pudieron motivar sus campañas militares:

¿Qué papel ocupaba la religión en su vida? Había luchado contra los moros para frenarlos, o simplemente para conquistar tierra, para reconquistarla; había luchado para conseguir tesoros, como aquel rico ceñidor; había peleado para demostrar que era el mejor guerrero, el más hábil estratega, y también por su mujer, por darle una posición a ella y a sus hijos. Había tenido tantas razones para combatir, que ya no sabía en qué orden figuraba cada una. Sí, a veces se preguntaba en qué lugar quedaba la cruzada contra el infiel (pp. 157-158).

Con toda probabilidad todos los motivos enumerados tuvieron su peso en la vida que el Cid había elegido vivir. Sus debilidades –codicia, orgullo, afán de sobresalir por sus méritos, de afianzar su posición social– humanizan su imagen, lo hacen real y creíble a nuestros ojos.

Las bodas acordadas de sus hijas con los infantes de Aragón y Navarra son otra tradición aristocrática plasmada en la novela: los hijos de los nobles se casaban por razones políticas, no por amor y, como dice Jimena, sus hijas fueron criadas para eso (p. 199).

Para concluir, podemos afirmar que la novela analizada recrea con un alto grado de realismo e historicidad la imagen y los hechos de la vida de Rodrigo

Díaz de Vivar. Claro que en la trama novelesca hay también elementos que contradicen los datos históricos o son fruto de la invención y el propio autor ha señalado algunos de ellos en la nota final que cierra la obra. Pero lo importante es que ha sabido sumergirnos en los ambientes en que se movió el Cid, darnos a conocer el complejo entramado de los intereses políticos en su época y ayudarnos a penetrar en la psicología de unos personajes que piensan, sienten y dudan, es decir, viven. ¿No es esto lo que esperamos de una buena novela?

Bibliografía

Falque Rey, E. (1990). Historia Roderici vel gesta Roderici Campidocti. Chronica Hispana saeculi XII (Corpus Christianorum LXXI). Turnhout.

Martínez Díez, G. (2001). El Cid histórico. Barcelona: Planeta.

Martínez Rico, E. (2008). Cid Campeador. Madrid: Imágica.

Menéndez Pidal, R. (1952). Alfonso VI y su hermana la infanta Urraca. Miscelánea histórico-literaria. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Menéndez Pidal, R. (1967). La España del Cid, II. Madrid: Espasa Calpe.

Menéndez Pidal, R. (1968). El Cid Campeador. Madrid: Espasa Calpe.

Ratcliffe, M. (2011). Mujeres épicas españolas: silencios, olvidos e ideologías. Woodbridge: Tamesis.

Valdeón Barunque, J. (2001). El Cid en su contexto histórico. El Cid. Historia, literatura y leyenda, 43-57. Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio.